

tu, y en nuestra insensibilidad á las recompensas. Establezco, pues, la proposicion siguiente: Somos sensibles al dolor material, insensibles á las recompensas espirituales: *Abstraho et expono, vel per admirationem, vel conquerendo, et universaliter dicendo*: Que en vez de ser fervorosos, como debiéramos, somos de ordinario omisos y perezosos. El pecado nos priva de todo cuanto necesitamos para recobrar la libertad y nuestra felicidad: *Descendendo in particulari*. Somos frágiles y andamos en pos de los peligros, precisamente cuando tenemos mayor necesidad de evitarlos, encontrándonos despues sin valor para vencerlos.

Vuelvo á mi proposicion, de suerte, que no me cuesta otro trabajo que exponerla, amplificarla y confirmarla por los testimonios y las descripciones oportunas; luego formulo la segunda consecuencia en estos términos: La Iglesia condena esta cobardía.

Ahora solo debo decir: He aquí la cobardía que la Iglesia condena. Pero si, al contrario, me hubiese remontado á señalar la causa de esta condenacion, diria: He aquí porque motivo la Iglesia condena esta cobardía.

OTRO EJEMPLO.

No hay duda, que S. Francisco de Asís fué martirizado por el amor: deduzco pues esta consecuencia: «El amor fué el principal verdugo de S. Francisco.» Prescindo aun de esta proposicion, y saco otra que á su vez será una consecuencia: «El amor nos martiriza:» la cual se demuestra, *vel commiserando, vel conquerendo*; pero cuidaré bien de distinguir la parte que resulta martirizada por este amor, y la que resulta elevada y beatificada por el mismo: ó bien la parte inferior y la superior del hombre. Explicada esta diferencia, consigno la proposicion principal en estos términos: «Los hombres pueden y deben amar á Dios; pero ¡cosa singular! este amor es para ellos su martirio; sírvanos de prueba S. Francisco: él nos manifestará, que el amor fué un verdugo que atormentó su corazon.» Mas en este asunto cuidaré el orador de distinguir entre amor y amor, de señalar las causas de la afliccion ó tormento que ocasiona el amor divino á las almas amantes, como son, la propia miseria é incapacidad, los pecados de los hombres, etc.; motivos todos que, nacidos del mas puro amor, convierten aquel martirio en una inexplicable felicidad; acabando por excitar en los oyentes el deseo de un martirio, en el cual encuentra el alma la posesion de todos sus anhelados goces.

En cuanto al orden de las pruebas se acostumbra hacer uso, en primer lugar, de la autoridad de las Escrituras y de los santos Padres, y despues se apela á las razones, las comparaciones y los ejemplos. Los textos de la Escritura deben citarse con mucha oportunidad y gravedad; pero no deben aglomerarse sin discrecion: es preferible citar dos ó tres, desarrollándolos bien, que aducirlos con prodigalidad. Tambien las sentencias de los santos Padres deben ser pocas y muy breves, pero que contengan bellas ideas y sentimientos.

Despues se acude á las razones naturales que suministran las ciencias, la historia, ó la experiencia, etc., con las cuales, como dicen algunos, se guarda cierta gradacion, comenzando por las mas débiles y pasando á las mas fuertes; pero parece muy oportuno, que las primeras sean fuertes, que, en segundo lugar, se presenten las débiles, y se reserven para el fin las mas concluyentes; porque el comenzar por las razones mas débiles podria producir mal efecto en el auditorio. Este es el orden que debe observarse *ordinariamente hablando*; mas en algunos casos puede invertirse; lo cual se deja al buen criterio del orador.

Al mismo tiempo se procurará, que las transiciones de un punto á otro, de una á otra prueba, tengan su enlace natural, evitando que la transicion de una idea á otra, se efectue de un modo brusco y violento, y haciendo lo posible para que la última idea ó razon que antecede, tenga alguna conexion con la del punto que sigue. El acertado juego de las transiciones conserva la unidad en el asunto, mantiene la uniformidad, aumenta el interés de la demostracion, y obtiene de los oyentes un grado mas ó menos plausible de persuasion, que inútilmente se pretenderia sin ellas.

En cuanto á la amplificacion de las pruebas, debemos distinguir dos clases: la *verbal*, que consiste en las palabras; y la *real*, que puede hacerse ó por *progresion*; por ejemplo: *es virtud sufrir la tribulacion con paciencia, mayor virtud es todavía desearla, y mucho mayor complacerse en sufrirla*; ó que nace de las circunstancias del asunto ó de la comparacion que se hace con otro de igual ó menor importancia. Las reflexiones morales se colocan regularmente en la peroracion; y á veces pueden hacerse despues de acabada una prueba: pero jamás debe moralizarse mucho, ni á menudo y como por incidencia, de manera, que el discurso venga á ser lánguido y fastidioso.

Digamos finalmente algo sobre el

MODO DE HALLAR LAS PRUEBAS Y LOS ARGUMENTOS.

En las pruebas hay dos cosas muy notables, á saber: el sentimiento y el argumento; el argumento ó la razon que persuade los entendimientos, y el sentimiento que obra en el corazon. Los mas solo piensan en buscar razones, y olvidan los sentimientos.

DE LA ESCRITURA Y ELECCION DE LAS RAZONES.

Como el orador cristiano dirige sus palabras á cristianos, y, por consiguiente, exhorta y no sostiene controversias, no debe tomar jamas por sus divisiones *an et quid res sit, quando sit et ubi sit*, sino estas seis cuestiones: *Primo, à quo res sit. Secundo, quanta res sit. Tertio, qualis. Quarto, cur. Quinto, quibus auxiliis. Sexto, quomodo.* No es que deba aplicarse la division descarnada á estas cuestiones; pero tácitamente se debe aprovechar alguna ó muchas de estas seis cuestiones, que son muy á propósito para exhortar y excitar algunos afectos. He aquí porque la estructura consiste en la descripcion ó exposicion patética de un hecho, que se supone realizado, pero que se amplifica. En cuanto al modo ó á sus circunstancias, á fin de excitar por esta descripcion ó amplificacion los oportunos afectos, el orador cristiano deberá, á imitacion del orador profano que se propusiera excitar la venganza en el corazon del hijo por su padre asesinado, el cual no se detendria en probarle simplemente que su padre ha sido muerto, ni á decirle cómo y si ha sido por un accidente casual, sino que suponiendo el asesinato culpable, describiria las circunstancias, haciendo una pintura ó amplificacion que le impresionase y le demostrase su cuerpo ensangrentado, lo cual seria uno de los mas poderosos motivos para encender en su pecho la venganza; deberá, digo, el orador cristiano describir y amplificar del mismo modo aquellos asuntos, cuyo objeto es la venganza y odio al vicio, ó la compasion á la desgracia, etc. Y he aquí la diferencia entre uno y otro orador: unos demuestran y se detienen en probar *quid res sit*, y los otros se entretienen en la descripcion patética del hecho; y por esto los primeros persuaden alguna vez el entendimiento, y nada mas, mientras los últimos persuaden el entendimiento y cautivan el corazon.

POR EJEMPLO.

Los mas de los predicadores toman esta proposicion por un miembro de su division: «La humildad es gloriosa:» y probando *quid sit*, raciocinan como filósofos, y no como oradores cristianos. Prueban

A genere.

No hay virtud que no sea gloriosa, porque hace al hombre glorioso. Es así que la humildad es una virtud, luego, etc.

A differentia seu specie:

No hay nada tan glorioso como parecerse á Dios. Es así que la humildad hace al hombre semejante á Dios, que es glorioso; luego, la humildad hace al hombre glorioso. Luego la humildad es gloriosa, porque lo que hace glorioso al hombre es tambien en si glorioso. *Ergo, etc.*

Este modo, como hemos dicho, es mas filosófico que oratorio; y en su uso, jamás el orador podrá presentar su discurso acompañado de sus dos principales partes, la conviccion y el afecto.

Al contrario, en este mismo ejemplo, establecida una razon à *genere*, y fijada como principio, la explico y expongo *per affectum aliquem, vel mirando, vel conquerendo*, y digo: «Es sensible que el hombre, perdida su felicidad primera, conserve todavia el deseo de la misma; y que el único vestigio que le queda de su primitiva grandeza solo contribuya á hacerlo mas infeliz: busca su felicidad en todos aquellos objetos que precisamente no se la pueden dar; la busca en las riquezas, que, etc. etc.; y, sin embargo, solo se encuentra en la virtud, *et quasi compatiendo*: si; la felicidad solo se encuentra en la virtud, que, etc., y limitándonos á la humildad, ella es la, etc.» Aquí empieza la amplificacion; y en caso de apuro, nunca faltan pruebas oportunas cuando el asunto ha sido bien distribuido; pero siempre deben escogerse las mejores.

Tanto los argumentos, como la parte sentimental, se sacan de los respectivos lugares de la Retórica. «A definitione, seu descriptione, ab antecedentibus et consequentibus, simili, materiali, formali, finali, afficiente, etc. Sicut descriptione à causis laudationis, vituperationis, etc. Per figuras aptas ad motus excitandos, et à locis extrinsecis quæ artificiose debent tractari sicut auctoritates, ut dicemus infra, potissi-

mum ex iis locis quæ valent ad motus excitandos, et ad rem describendam, exprimendam et oculis subjiciendam, ut sicut potissimum similitudines, cogitationes, enumerationes, distributiones, inductiones à contrariis, et oppositis à se, quæ testimonia deben afferri, ita ut non confirment rem proprie, sed ut jvant ad describendam, non ut probemus quid senserit auctor citatus, quid res ita sit, sed quid res ita descripserit; unde divus Augustinus plurimum valet quia abundat descriptionibus, Tertullianus quia energia exprimit, divus Chrysostomus, divus Cyprianus, etc.»

Es preciso atender, que, como el principal objeto es hablar sobre el propuesto asunto, al exponer y ampliar las proposiciones y argumentos, no es propio hablar de tiempo pasado ó pretérito, lo cual no interesa tanto, sino de tiempo presente, que interesa mas, *quid rem subjicit*, ó futuro, *quid rem facit expectare, timere, prægustare* etc. v. g. El sacrificio que hizo la Santísima Virgen en su purificación, no se explicará en tiempo pretérito, diciendo: «Entró en el templo, ofreció á su Hijo, etc.» sino en tiempo presente: «Veó á la Virgen que entra, etc. Ved aquí lo que vamos hoy á considerar: María que ofrece su Hijo al sacrificio, que se acerca al altar, etc.»

Diremos algo sobre la modulacion de la voz y del gesto que debe usarse en los sermones. En cuanto á la voz debe el predicador evitar el hablar con voz ronca, alta ó monótona. Lo que mueve y concilia la atencion de los oyentes es, hablarles, ora con voz fuerte, ora média, ora baja, segun exige el sentimiento que se expresa, y hacer ya una exclamacion, ya una pausa, etc. Esta variedad de tonos y de maneras mantiene atento al auditorio.

En cuanto al gesto, debe evitarse que sea afectado, uniforme ó demasiado impetuoso, como tambien la agitacion excesiva del cuerpo. Los brazos deben moverse con cierta moderacion. La mano derecha debe accionar mas que la izquierda, y ninguna debe alzarse á mayor altura que la cabeza, ni extenderse desmedidamente hácia los lados, sino delante del pecho. El predicador debe pronunciar el exordio en medio del púlpito sin moverse hácia los lados, y sin accionar en el primer período. Solamente en el segundo período comenzará á mover la mano derecha, teniendo la izquierda apoyada en el pecho ó sobre el borde del púlpito. Pero cuando el exordio empieza por un *ex abrupto* ó con algun afecto vehemente, de lo que conviene mucho no abusar, entónces el gesto debe acompañar á la significacion de las palabras. Absténgase el orador de tener los brazos apoyados en los costados, de elevarlos en forma de cruz, ó llevarlos detrás de la espalda. Herir una mano con otra, ó golpear con ellas el borde del

púlpito, puede disimularse raras veces. El movimiento de la cabeza debe corresponder á la mano, volviéndola hácia donde ésta dirige la accion. Los ojos deben seguir el movimiento de la cabeza: es un defecto tenerlos siempre cerrados, mirar siempre al suelo ó fijarlos en una sola parte. Ordinariamente el orador ha de colocarse en medio del púlpito, para que le vean de todas partes; pero conviene que de cuando en cuando se vuelva hácia una y otra, sin dar las espaldas á nadie.

§. III.

De la peroracion ó conclusion.

La peroracion ó conclusion tiene tres puntos: el epilogo, las reflexiones morales y la mocion de afectos. El epilogo es una recapitulacion del sermon, en la que se resumen las pruebas mas convincentes y mas poderosas que se han dado, y deben servir de preámbulo y preparacion para mover los afectos.

La moralidad se saca precisamente de las mismas pruebas, presentando las consecuencias importantísimas que de aquéllas se desprenden; clamando contra el vicio, cuyos fatales efectos se acaban de demostrar, ó exhortando á la práctica de aquella virtud cuyas ventajas se han probado, etc., etc.; y luego sigue la mocion de afectos, en cuya parte se presenta, ó la desgracia del pecador indolente, ó la veracidad de un Dios que promete su amor, ó el valimiento del santo (si es panegirico), etc.

Si el orador es feliz en estas dos últimas partes, moralidad y mocion de afectos, siempre sacará mayor ó menor fruto de su discurso. Pero ¿qué predicador no desea sacar fruto de sus sermones, se dirá? Todos; esto es muy cierto; pero no lo es ménos, que muchos golpean el aire, y lo que ménos obtienen en sus sermones es el fruto del auditorio. Esto, á mi entender, puede provenir de diferentes causas.

1.º Hay algunos que, esperándolo todo de lo alto, suben al púlpito tentando á Dios, y pensando que las declamaciones y similares, á veces muy mal aplicados, bastan para convencer al auditorio: y en este punto es preciso desengañarse, especialmente en este siglo, en que á pesar de la ignorancia en materias de religion, nadie quiere ser tenido por ignorante; y el mas rústico ha aprendido para combatir, aunque sin conocerla.

2.º Como el predicador en el púlpito es realmente el instructor

de los fieles, se comprenderá fácilmente, que para seguir esta delicada carrera es preciso haber estudiado, y no superficialmente, los ramos mas indispensables de la ciencia sagrada, cuales son: la teología dogmática y moral, la Sagrada Escritura, historia eclesiástica, y, en particular, la relativa á los Concilios y herejías mas famosas. La falta de esos indispensables requisitos hace, que unos hablen mucho, pero digan muy poco; y otros, especialmente los jóvenes, fijen toda la atencion en las figuras de retórica que han aprendido en el aula, y olvidan lo mas esencial. El que sube al púlpito, debe encontrarse en disposicion de poder enseñar á párvulos y á adultos.

3.ª Finalmente, tampoco sacarán ningún fruto de sus sermones los que, olvidando lo que se debe á un auditorio compuesto en su mayor parte de gente ruda, se remontan con palabras rebuscadas, con frases retumbantes y altisonantes períodos: porque el pueblo no lo entiende. Pero este asunto, que podria promover la critica de alguno de nuestros modernos *Cicerones*, la trata por nosotros el sabio y santo Alfonso Maria de Ligorio, en una CARTA sobre el modo de anunciar la divina palabra; carta que puede verse en la obra de dicho Santo, titulada: *Sermones abreviados para todas las dominicas del año* (1).

(1) Hállase en la misma casa editorial de Pons y C.ª, traducida al castellano.

MÉTODO

PARA COMPONER UN DISCURSO Ó SERMON CONTRA CUALQUIER PECADO,

sin necesidad de otra preparacion que la inteligencia del siguiente cuadro. Al efecto se toma un pasaje de la Escritura que trate del vicio que ha de formar el asunto del discurso; luego debe manifestarse en el exordio, de que manera y en que términos está prohibido el pecado en las Escrituras, en los santos Padres y aun entre los gentiles paganos. Acerca de las palabras severas que se usen, es indispensable hacer observar que se dirigen á la detestacion del pecado y á excitar la práctica de la virtud, y para lograrlo, se implorará el auxilio de las luces celestiales.

Será muy conveniente insinuarse en el cuerpo del discurso enalteciendo la virtud contraria al vicio, que forma el asunto del sermón, fundándose en la autoridad de los autores santos é ilustres que hubieran tratado de aquella virtud ó de aquel vicio, cuya enormidad puede demostrarse por la explicacion de sus causas, material, formal, eficiente y final, manifestando luego, que tal vicio ha sido siempre castigado con alguna terrible catástrofe; todo lo cual será bastante para hacer concebir horror. Sin embargo, como no á todos los entendimientos se les puede convencer por unos mismos motivos, se procurará considerar el vicio bajo tres aspectos ó consideraciones, á saber: 1.º el horror que causa á Dios; 2.º el desprecio con que le tratan los meros filósofos morales, y 3.º el odio que todas las criaturas le profesan. He aquí ahora las tres partes de este discurso: En la primera se demostrarán los motivos sobrenaturales que hacen odioso el vicio. En la segunda, el peligro inevitable en el cual está

todos aquellos que aman el pecado. En la tercera, se procurará infundir el convencimiento de que nadie debe diferir el renunciar á los malos hábitos.

- I. Razones sobrenaturales de parte de
- 1 Dios,
 - 2 que aborrece el vicio,
 - 1 porque nos aleja de él infinitamente.
 - 2 porque nos hace indignos de su amor, de sus beneficios y de su conversacion, etc.
 - 3 porque nos coloca en el número de sus enemigos: ¡enemigos de Dios!
 - 2 que le odia con odio infinito,
 - 1 porque borra su imagen. ¡Borrar la imagen de Dios!
 - 2 porque aniquila sus gracias. ¡Aniquilar las gracias de Dios, que son tan preciosas!
 - 3 porque nos hace indignos de la gloria que nos está preparada.
 - 3 que ha preparado tormentos eternos;
 - 1 privándonos de su vision beatífica.
 - 2 arrojándonos á las llamas eternas.
 - 3 con los demonios.
 - 2 la gracia,
 - 1 que es incompatible con el vicio.
 - 2 á la cual estimamos en tan poco.
 - 3 á la que preferimos un placer sensual. ¿No es preferir Barrabás á Jesucristo?
 - 3 los malos ejemplos;
 - 1 con los cuales escandalizamos
 - 1 á nuestros inferiores.
 - 2 á nuestros iguales.
 - 3 á nuestros superiores.
 - 2 con los cuales injuriamos
 - 1 á la Iglesia.
 - 2 á los Angeles y
 - 3 á Dios.
 - 3 que traen deplorables consecuencias;
 - 1 porque autorizan, en cierta manera, á los viciosos.
 - 2 porque desacreditan la virtud.
 - 3 porque los licenciosos toman de aquí motivo para mofarse de nuestra religion.

Todos estos motivos ¿no son de suyo bastante poderosos para ha-

ceros concebir el horror que Dios tiene al pecado, y el deber que tenemos de detestarlo, á ménos que queramos renunciar enteramente á nuestra salvacion?

- II. Reflexiones morales que se desprenden
- 1 acerca del cual he aquí algunas de sus consecuencias:
 - 1 empaña todo el brillo de algunas perfecciones que podemos tener.
 - 2 nos priva de la honra y buen nombre.
 - 3 nos arruina la hacienda, la salud y nos quita el sosiego.
 - 2 del mismo pecado,
 - 1 que es un traidor doméstico, que nos desarma para combatir á nuestros naturales enemigos,
 - 1 el mundo.
 - 2 el demonio.
 - 3 la carne.
 - 2 que causa todas nuestras inquietudes y angustias,
 - 1 quitándonos el sosiego y la alegría.
 - 2 sujetando la razon á nuestros apetitos.
 - 3 y oponiendo la razon á las luces divinas.
 - 2 de muchos testimonios tomados
 - 1 de las Escrituras.
 - 2 de los santos Padres.
 - 3 de los gentiles.
 - 3 de los males que nos ocasiona,
 - 1 encadenándonos vergonzosamente á la esclavitud
 - 1 del demonio.
 - 2 del mundo.
 - 3 de nuestras propias pasiones.
 - 2 haciéndonos insensibles
 - 1 á las inspiraciones de Dios.
 - 2 á los buenos ejemplos de los santos.
 - 3 á los efectos de los sacramentos.
 - 3 conduciéndonos, por último, á la impenitencia final, que es la verdadera señal de reprobacion.

¿No son estas razones bastante fuertes para convencernos, de que han sido poderosos los motivos que han tenido los moralistas, aun paganos, para detestar el pecado, y de que es imposible amarlo é inclinarse á él sin exponer á graves riesgos nuestra propia salvacion?

- | | | | | | |
|-------------------------|-----------------------|----------------------|-----|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------|
| 1 | Nada omitimos | } | 1 | para remediar nuestra pobreza, nuestra hambre y nuestra sed. Y ¿qué mas pobreza, hambre y sed, que la de estar privado de la gracia de Dios? | |
| | | | 2 | para curarnos de las enfermedades corporales. Y ¿qué mayor enfermedad, que la de tener mil heridas mortales en el alma? | |
| | | | 3 | para granjearnos la benevolencia de las personas cuya proteccion necesitamos. Y ¿no es acaso la proteccion de Dios de la que tenemos mayor necesidad? | |
| III. Razones naturales. | 2 | Ejemplos que nos dan | que | 1 | una multitud de gentiles, que se corrigen á la primera amonestacion. |
| | | | | 2 | los gentiles, que por la sola luz natural han evitado el pecado. |
| | | | | 3 | los animales mismos, que abandonan sus instintos por la educacion. |
| 3 | Nada puede excusarnos | } | 1 | porque ¿no sabemos que debemos odiar al pecado? | |
| | | | 2 | porque verdaderamente podemos evitar el pecado. | |
| | | | 3 | porque estamos persuadidos de que debemos evitar el pecado. | |
| | | | 4 | porque sino lo evitamos, es porque no queremos. | |

Todas las criaturas aborrecen sus imperfecciones; y vosotros ¿no detestais las vuestras? Dios las odia, los filósofos las condenan, así lo habeis visto en este discurso; y, ya os lo he dicho: tambien vosotros debeis y podeis hacerlo fácilmente, con el auxilio de la gracia. Me inclino á creer que lo querreis.

MÉTODO

PARA DISERTAR SOBRE TODA ESPECIE DE VIRTUDES,

sin otra preparacion que la inteligencia del siguiente cuadro. Debe tomarse por texto un pasage de la Eseritura, que pondere y recomiende la virtud que ha de formar el objeto del discurso. Luego hay que insinuar en el exordio la estimacion particular que hace Jesucristo de aquella virtud, porque nos hace participes de alguna de las divinas perfecciones, de las cuales se sirve el Espíritu Santo como de un instrumento precioso, para preparar, embellecer y perfeccionar su templo viviente. De estas expresiones toma el orador motivo para implorar la asistencia de este divino Espíritu, por medio de alguna invocacion, que se hace de aquella virtud, como el mas poderoso medio para atraer nuestras almas; y á fin de que nos comunique sus luces para hablar de ella con mayor detenimiento, y su gracia para practicarla santamente.

Es necesario empezar manifestando, en general, la enormidad de los vicios contrarios á la virtud que se propone, y que traen en pos una muerte desgraciada á cuantos se dejan dominar de ellos, citando á propósito algun ejemplo, deduciendo á continuacion, si hubiere oportunidad, la etimología, las causas material, eficiente, formal y ejemplar que se tomará, ó de Jesucristo, ó de algun santo que se hubiere hecho notable en la práctica de aquella virtud, formando, digámoslo así, el espíritu de sus perfecciones; los efectos y las prácticas de aquella virtud, sobre la cual se harán tres consideraciones, á fin de probar su excelencia, sus ventajas y su utilidad: en la primera, se apelará á las razones sobrenaturales para convencernos de que estamos obligados á practicarla; en la segunda, á las razones tomadas de la teolo-